Maese Vicente Gueffes se encogió de hombros otra vez.

—Ahora ireis á poner una buena escudilla de cocido en el umbral de vuestra puerta, ¿no es verdad, señora Francisca? dijo con tono burlon.

—Sí, maese Gueffes, contestó la labradora, quien añadió, dirigiéndose á Simoneta:

—Lleva la parte de la buena Hada.

Simoneta tomó la abundante escudilla, y la colocó en el umbral de la puerta, por la parte de afuera.

Juanillo la siguió con la mirada.

Pero á la sazon estaba muy pensativo el pobre; no parecia sino que alguna idea le andaba atormentando la cabeza.

—¿Y creeis que la Hada va á venir á tomar vuestra escudilla, volvió á decir maese Vicente Gueffes, ni que ha existido?

—¡Qué si lo creo.....! prorumpió Francisca escandalizada.

—¿Y quién no lo ha de creer? preguntó Simon le Priol; nuestros padres lo creyeron mucho antes que nosotros.

—Vuestros padres y abuelos, replicó Gueffes, perdian en valde su comida, y vosotros tambien. ¡Qué lástima! echar así un manjar suculento para alimentar la glotonería de los vagabundos ó de los perros errantes!

—¿Es posible que se hable así? exclamaron las muchachas todas á una vez.

Tambien los mozos agitaron la cuestion de saber sino seria conveniente y oportuno echar al feo maese Vicente Gueffes á un charco.

—Os digo, insistió Gueffes, que no hay Hada en las playas, ni mas ni menos que en la palma de mi mano. ¿La ha visto alguno de vosotros?

Esta pregunta fué hecha con voz triunfante.

Miráronse los circunstantes unos á otros, y quedaron algo desconcertados.

Ya lo veis, comenzó á decir maese Gueffes.

Pero fué interrumpido por Juanillo, quien exclamó con voz firme y segura:

—¡Yo la he visto!

III.

De lo que Julian habia averiguado en el mercado de Dol.

Los partidarios de la buena Hada, desconcertados por la pregunta de maese Gueffes, no aguardaban el auxiliar que llegó de improviso á socorrerlos. Juanillo era mas bien tolerado que admitido en la reunion de las personas notables de la aldea de San Juan, y por lo general no se le concedia el uso de la palabra.

Pero el hombre que tiene una idea crece de improviso, y desde el momento en que Simon habia dicho que la Hada daba cuanto se la pedia, Juanillo habia concebido una idea.

Dos ó tres veces habia mirado con audacia y frente á frente á la linda Simoneta, quien no se incomodó lo mas mínimo.

A la sazon, Juanillo estaba delante del hogar, con la frente erguida y cubierta de rubor, y los ojos bajos.

Todas las miradas denotaban sorpresa y se fijaban en él.

—¡Ah! ¿La has visto tú, chiquillo? dijo maese Gueffes con su risa burlona.

—Sí, yo la he visto, contestó Juanillo.

—La ha visto, la ha visto! repetian todos los circunstantes.

Y Simoneta, sin saber por qué, se sintió envanecida con la atencion que fijaban en el pobre pescador de mariscos.

—¿Y dónde la has visto? preguntó maese Gueffes.

—Aquí, delante de la puerta.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿A qué hora?

—A las doce de la noche.

Todas estas preguntas y respuestas fueron dadas de frente y con tono seguro.

Maese Gueffes movió su mandíbula con una sonrisa malvada.

—¡Ja! ¡ja! dijo; ¿y qué hacias tú á media noche, tan léjos de tu agujero, delante de la puerta de Simon le Priol?

La mayor fuerza de la diplomacia normanda consiste en salirse á tiempo de la cuestion.

Simoneta tuvo miedo por Juanillo; pero aquella noche Juanillo era todo un hombre.

Se plantó delante de Gueffes en postura atrevida, y contestó:

—Aquí y en todas partes hago lo que me da la gana; y acordaos del juego que el breton propuso al francés en la posada de los *Cuatro besantes de oro;* del juego que se juega sin mesa ni tapete, maese Vicente, con dos varas de á toesa, buen pié, buen ojo, mano firme, y a la gracia de Dios.

A la verdad, Simon no podia menos de reirse, pero esta vez no fué á costa de Juanillo.

Simoneta estaba encarnada como una rosa, y era de placer.

Francisca la Labradora bebió un trago de hipocrás para ocultar su alegría.

Tambien los mozos y las mozas sintieron un arrebato de júbilo.

Maese Vicente no retrocedió.

—Una vara de una toesa de largo no prueba que una mentira sea el Evangelio. ¿Qué hacia el Hada cuando la viste?

—Se bajaba al suelo para coger un pan de trigo.

—Eso es cierto, dijo la labradora. Yo habia puesto pan de trigo á la puerta.

—¿Y cómo es tu Hada, chicuelo? volvió á preguntar maese Vicente.

Juanillo vaciló. Su mirada se dirigió hácia Simoneta.

Por fin replicó:

—Es hermosa como un ángel; casi tanto como la hija de Simon le Priol.

Su voz temblaba al pronunciar estas últimas palabras, que hicieron latir con fuerza el corazon de Simoneta.

Simon y su mujer fruncieron el entrecejo á la vez.

Maese Vicente Gueffes abria su ancha boca para lanzar algun dardo que pudiese vengar su derrota, porque estaba vencido, cuando se oyó en el camino el ruido de un caballo.

Todos se levantaron.

—¡Julian! ¡Julian! exclamaron, Julian le Priol; vamos á tener noticias de la ciudad.

El caballo se paró á la parte de afuera de la puerta de la casa. Esta se abrió.

Julian le Priol, hijo de Simon, entró en la estancia.

Era un buen mozo de veinte años y de constitucion robusta, cabellos negros, mirada viva y franca; un moceton que habia vuelto mas á menudo su rostro hácia el buen aire de las playas que hácia la atmósfera pesada y tibia del pantano.

Besó á su madre y á Simoneta.

—¿Qué noticias hay, muchacho? preguntó el padre.

—Malas, replicó Julian echando sobre la mesa las hojas de guadaña que habia ido á comprar en casa del herrero de Dol. ¡Malas noticias! no son malhechores los que han saqueado el castillo de San Juan, y no es por irrision por lo que han puesto al pié de la escalinata un poste de la justicia ducal. Mr. Hue de Maurever, nuestro señor, está acusado de alta traicion.

—¡De alta traicion! replicó Simon con sorpresa.

En aquel tiempo las noticias no corrian en posta.

La aldea de San Juan, que estaba situada cerca del Monte, á cinco ó seis leguas de Avranches, no sabia aun lo que habia ocurrido quince dias antes en la basílica del monasterio.

En una noche de la semana que acababa de trascurrir, el castillo de San Juan habia sido completamente saqueado por manos invisibles.

Al dia siguiente no quedaba un solo criado en el desamparado castillo, y delante de la puerta principal, un cartel con las armas de Bretaña ostentaba estas palabras que Vicente Gueffes habia descifrado: *Justicia ducal.*

Por lo demás, los dueños estaban ausentes desde aquella época, y cuando llegaron los salteadores, no encontraron en el castillo mas que criados. Al dia siguiente, por las ventanas abiertas y medio destruidas, las gentes de la aldea dirigieron algunas miradas al interior del castillo.

No habia mas que las paredes desnudas.

Julian estaba sentado entre su padre y su madre.

Todos le interrogaban con la vista.

En su rostro se reflejaba una emocion grave y triste.

—Cuando Mr. Hue de Maurever, comenzó á decir con lentitud, me condujo al castillo de Guildo, posesion de Mr. Gilles de Bretaña, ví allí hermosas fiestas, padres mios.

Gilles de Bretaña era jóven, altivo y brillante. Y, os lo dije entonces, un dia que el halcon de Blanca Cawerlix, la hermosa entre las hermosas, se escapó al opuesto lado del rio Argrenon, Mr. Gilles pasó el rio de un salto. Ahora está echado en un ataud de plomo bajo las losas de alguna capilla, y nadie ignora que ha muerto envenenado.

—Julian, dijo Simon le Priol, hemos rogado á Dios por la salvacion de su alma. ¿Qué mas puede hacer un cristiano?

—Nosotros, replicó el jóven fijando una mirada en su traje de labrador, nada. Pero Mr. Hue de Maurever es un caballero.

Hé aquí, padres mios, lo que dicen en el mercado de Dol.

Nuestro señor Francisco tenia celos de Mr. Gilles, su hermano. En una noche le hizo arrebatar del castillo de Guildo por Juan, señor de la Haise, que no es breton, y Olivier de Meel, que es un cobarde. Juan de la Haise encerró á Mr. Gilles en la torre de Dinan, y como el pobre prisionero hacia señales en direccion á la Ranse, Roberto Rousel, un condenado, se le llevó á Chateaubriant, en donde los calabozos están debajo de tierra. Los calabozos de Chateaubriant no le parecieron, sin embargo, bastante profundos. Juan de la Haise y Roberto Rousel hicieron que sus hombres de armas montasen á caballo en una noche de invierno y condujeran á Mr. Gilles á Montcontour. En Montcontour hay hombres; se compadecian de Mr. Gilles, y Juan de la Haise y Roberto Rousel cerraron sobre él la puerta de la fortaleza de Tonffont, y como Tonffont está demasiado cerca de una aldea, volvieron á buscar otro sitio. Encontraron en medio de un bosque desierto el castillo de la Hardouinays, en donde Mr. Gilles ha entregado su alma al Señor.

Padres mios, yo soy un villano, pero mi corazon se subleva al pensar lo que ha debido pasar el hijo de Bretaña antes de morir.

Juan de la Haise y Roberto Rousel se cansaban de custodiar al cautivo. Primero quisieron darle muerte por medio del hambre.

—¡Oh! interrumpió Francisca, que no pudo contener un grito de horror.

El mismo grito se escapó de todos los pechos oprimidos.

Solo maese Gueffes guardó un silencio glacial.

—Gilles de Bretaña, repuso Julian, estaba en un calabozo, cuyo respiradero daba á unas malezas al nivel del suelo. Durante dos dias, estuvieron sin llevarle comida; luego tardaron tres dias; y luego una semana entera.

Al cabo, Juan de la Haise y Roberto Rousel bajaron al calabozo para dar sepultura cristiana al cadáver; pero... no habia cadáver: Gilles vivia.

Un ángel habia velado por la existencia de la pobre víctima. ¡Un ángel! y todos han visto á ese ángel hermoso, de rubia cabellera, y tierna sonrisa, á ese ángel que envió durante tanto tiempo á nuestro país los consuelos de la caridad.

—La señorita Reina, murmuró Simoneta, cuyos hermosos ojos negros se humedecieron.

—¡Oh! ¡querida señorita! Dios la bendiga, exclamaron todos á una voz.

Solo la fea voz de maese Gueffes faltaba en aquel concierto.

—¡Reina de Maurever! repitió Julian con acento entusiasta, sí, ella era. ¡Era Reina de Maurever!

Todas las noches, arrostrando el dardo de las ballestas ó la bala de los arcabuces, iba á llevar pan al cautivo.

Pero cuando los crueles carceleros vieron que el hambre no se apresuraba á dar la muerte á Mr. Gilles, compraron tres paquetes de veneno al milanés Marco Bartazdi. El alma condenada del señor de Montauban, el mismo Olivier de Meel, retrocedió ante el pensamiento de este crimen, y huyó entonces del castillo de la Hadouinays. Roberto Rousel y Juan de la Haise se quedaron. Esos dos están malditos: el infierno los sostiene.

Una noche Reina de Maurever fué, como de costumbre, disfrazada de labriega. Llamó á la reja, nadie contestó.

Mr. Gilles estaba echado cuan largo era sobre la paja húmeda.

Reina adivinó lo que ocurria... Corrió á buscar á su padre, que se ocultaba en las inmediaciones, y á un sacerdote.

Mr. Gilles pudo incorporarse, y se confesó por el respiradero.

Cuando hubo concluido la confesion, el sacerdote le preguntó:

—Gilles de Bretaña, ¿perdonais á vuestros enemigos?

—Perdono á todos, excepto á Francisco de Bretaña, mi hermano, contestó el moribundo, quien halló un último resto de vida. Abel no perdonó á Caín. Para el fratricidio no hay perdon, porque este seria una impiedad.»

Se levantó, se sostuvo sobre sus vacilantes piernas, y fué hasta el respiradero; se agarró á las gruesas barras y dijo:

—¡Sacerdote, tus iguales no tienen miedo, porque no tienen tacha! Vé á ver al duque Francisco, mi hermano, mi señor y mi asesino, y dile que Gilles de Bretaña muere emplazándole para ante el tribunal de Dios. ¿Lo harás?

El sacerdote vacilaba.

—Yo lo haré, exclamó Hue de Maurever entre sollozos, porque amaba á Gilles como á su hijo.

Este tendió su mano por las barras de hierro á Hue de Maurever, el noble normando.

Luego Gilles murmuró: ¡Gracias! y cayó de espaldas.

Unos dicen que Juan de la Haise y Roberto Rousel, cuando fueron por la noche á buscar á su prisionero, no hallaron mas que un cadáver; otros afirman que Gilles aun no estaba difunto, y que los infames le remataron ahogándole con sus propias manos.

Julian le Priol hizo una pausa.

Nadie tomó la palabra. Todos estaban llenos de estupor.

Julian refirió en seguida que Hue de Maurever, cumpliendo la promesa hecha al moribundo, fué disfrazado de fraile á la basílica y pudo ver y emplazar al duque Francisco en el momento en que iba á echar agua bendita sobre el catafalco: que Hue de Maurever habia desaparecido, y que el noble soldado Aubry de Kergariou habia arrojado su espada á los piés del duque, negándose á perseguir á Maurever.

—Ahora, repuso, no se sabe donde se oculta Mr. Hue. El duque ha pregonado su cabeza, ofreciendo cincuenta escudos de Nantes por ella. La señorita Reina ha desaparecido, y Aubry está en los calabozos subterráneos del Monte.

Hé aquí lo que se dice en el mercado de Dol, padres mios.

Al oir estas palabras: «cincuenta escudos de Nantes,» dos personas habian aguzado el oido.

Primero fué Juanillo, cuyos hermosos ojos azules brillaron al oir estas palabras.

El segundo fué maese Vicente Gueffes, el cual se rascó su larga oreja, y comenzó á reflexionar profundamente.

—¿Y no se sabe dónde se ha refugido nuestra señorita Reina? preguntó Simon.

Julian movió la cabeza á uno y otro lado.

—Se dice que primero fué á la posesion de Riz, y luego á la de la Limosna. Los vasallos tuvieron miedo, y la expulsaron.

—¡Expulsar á nuestra señorita!

—Dicen que ha desertado tambien del castillo de San Juan, porque los heraldos de la córte van recorriendo los campos, tocando una trompeta noche y dia, y amenazando con pena de muerte á quien quiera que abrigue bajo su techo la sangre de Maurever.

—Pero ¿dónde está, dónde está?

Julian tardó un momento en contestar.

—He encontrado, dijo por fin haciendo un esfuerzo, al anciano vicario de Riz en el pórtico de la iglesia, y estaba llorando...

—¡Llorando!

—Y me ha dicho: «Julian, no olvides á la hija de tu señor cuando recites el *de profundis* de la noche!»

Los ojos de Simoneta se llenaron de lágrimas.

La corpulenta labradora Francisca trató de levantarse, y volvió á caer en su asiento anonadada.

—¡Muerta! ¡muerta! murmuraban en torno del hogar. Reina de Maurever, la hermosa, la jóven, la noble, muerta, muerta!

—¡Muerta! repitió Julian le Priol.

Luego añadió santiguándose:

—Y creo que he visto ya su espíritu.

Un terror vago sustituyó á la expresion dolorosa que se reflejaba en todos los semblantes.

—Hace un momento, prosiguió Julian, al pasar por debajo del castillo, miré las ventanas que no tienen cristales. Las paredes estaban iluminadas por la luz de la luna. Cada ventana parecia un agujero negro.

En una de estas vi surgir una figura blanca, y ante ella hice mi primera oracion, para que Dios tenga consigo el alma de nuestra señorita.

Reinó el silencio. El cántaro de cidra y la escudilla estaban ociosos sobre la mesa.

En el caldero, la cena se quemaba sin que nadie reparase en ella.

Abundantes lágrimas rodaban por las mejillas de Simoneta.

De la buena alegría que antes reinaba en la alquería no quedaba resto alguno.

En aquel silencio no se oia mas que el ruido de las respiraciones oprimidas.

Resonó de pronto un ruido fuerte.

Era el sonido de una trompeta que daba los tres toques de la llamada ducal.

—¡Escuchad! añadió Joaquin, quien se levantó muy asustado.

—¿Qué es eso? preguntó el viejo Simon.

—Es el heraldo de monseñor Francisco que viene á pregonar la cabeza de Maurever.

—¿A esta hora de la noche?

—La venganza no duerme, padre; y Francisco, que ha envejecido diez años en estos últimos diez dias, preciso es que se apresure si quiere dar muerte á un hombre antes de espirar!

IV.

En la guerra como en la guerra.

Las gentes de la velada pensaban: «El espíritu de la pobre señorita Reina de Maurever vuelve entre nosotros, porque la han expoul sadde sus casas y castillos.»

Eran unas buenas almas, tanto las cuatro muchachas como los cuatro mozos y el pescador de mariscos.

Lo que no acertaríamos á decir era el pensamiento de maese Vicente Gueffes el normando, cuya frente se arrugaba bajo los rudos y ásperos mechones de sus cabellos.

Delante de la capilla del cementerio que servia de plaza pública en la pobre aldea de San Juan, habia grande estrépito de hierro y caballos.

Las hachas de viento encendidas sacudian sus crines de fuego. Las trompas tocaban llamada á los fieles vasallos del señor duque Francisco.

Serian como las once de la noche.

Las cabañas y granjas quedaron vacias.

Ni un vecino permaneció en su lecho, ni en el rincon de su hogar.